



Sobre el regreso a la luna. Apuntes sobre el exilio y la nostalgia en la poesía de Cristina Peri Rossi¹

On the Return to the Moon. Notes on Exile and Nostalgia in the Poetry of Cristina Peri Rossi

Zaira Ruiz*

Recibido: 03/08/2022 | Aceptado: 16/08/2022

Resumen

Cristina Peri Rossi (2003) escribió el poemario *Estado de exilio* cuando ella y muchos otros escritores uruguayos, argentinos y chilenos fueron condenados al exilio en los años setenta. Pocos de estos poemas están escritos en primera persona, dado que Cristina Peri Rossi pretendía expresar el exilio como experiencia colectiva. En esta obra, la escritora habla de la represión, el miedo, la tortura, la otredad y la precariedad, pero varios de sus poemas también expresan la añoranza que surge a partir del desplazamiento y la pérdida. Este sentimiento de añoranza lo problematiza también la ensayista Svetlana Boym (2015), quien sostiene que la nostalgia es un sentimiento que va más allá de la psicología individual, y la define como una emoción histórica por el anhelo ambivalente de un lugar, un tiempo o una vida diferente. Con la intención de conciliar narración y análisis como una propuesta metodológica, en el presente texto pretendo explorar la relación entre nostalgia y exilio a partir de la obra *El futuro de la nostalgia* de Boym y del poemario *Estado de exilio* de Cristina Peri Rossi.

Palabras clave: exilio, nostalgia, desplazamiento, viaje, regreso

Abstract

Cristina Peri Rossi (2003) wrote the collection of poems *Estado de exilio* when she and many other Uruguayan, Argentinean, and Chilean writers were condemned to exile in the 1970s. Few of these poems are written in the first person, since Cristina Peri Rossi intended to express exile as a collective experience. In this work, the writer speaks of repression, fear, torture, otherness, and precariousness, but several of her poems express the longing that arises from displacement and loss. This feeling of longing is also brought into question by the essayist Svetlana Boym (2015), who argues that nostalgia is a feeling that goes beyond individual psychology and

¹ Este trabajo ha sido desarrollado en gran medida gracias al apoyo del Kellogg Institute, Nanovic Institute y Initiative on Race and Resilience, University of Notre Dame.

*Estados Unidos. Doctorante en español en la Universidad de Notre Dame. Contacto: zruiz@nd.edu.

defines it as a historical emotion for the ambivalent longing for a place, a time, or a different life. This paper intends to reconcile narrative and analysis as a methodological proposal and explore the relationship between nostalgia and exile based on the work *El futuro de la nostalgia* by Svetlana Boym, as well as the poetry book *Estado de exilio* by Cristina Peri Rossi.

Keywords: exile, nostalgia, displacement, travel, return

Estado lunático

Hubo un loco que viajó a la luna y desde entonces no pudo vivir en paz porque lo único que deseaba en este mundo era volver allí. Una mujer leyó esto en *La nave de los locos* cuando nevaba en un rincón de Estados Unidos, y pudo diagnosticarse perfectamente en ese “estado lunático” que describía la novela de Cristina Peri Rossi (1984); la mujer comprendió que se había enamorado de un *lugar* y por eso su vida también se reducía a la añoranza por volver allí.

Pasaron los días y la mujer, todavía en ese estado lunático, tuvo que viajar a su país natal, sólo por el periodo vacacional, sólo por visitar a algunos amigos, sólo por el reclamo familiar. La mujer, ya en su país natal, se encontró con una amiga en un café, quien le habló del *Futuro de la nostalgia*, un libro donde Svetlana Boym (2015) escribe que la nostalgia “es la añoranza de un hogar que no ha existido nunca o que ha dejado de existir” (p.13). En medio de las tazas de café las dos se preguntaron dónde está el hogar, y cuando su amiga se fue, la mujer siguió sentada recordando al astronauta; pensó que, quizá allá, en la luna, él había descubierto un hogar, por eso en la tierra se sentía perdido.

Tan perdida como un lunático en la tierra, la mujer se fue del café para caminar un poco y recordó que el astronauta en este planeta se preguntaba qué son estos autos, estas casas, las aglomeraciones, los ruidos, qué es todo esto al lado de los desiertos, los mares y el silencio de la luna. Recordó que el astronauta decía que, allá, en la luna, uno se olvida de todo, de las tristezas, de los problemas, de la declaración de impuestos, de todo. La mujer se preguntó qué es el hogar, ¿es un espacio físico, doméstico, familiar?, ¿es un espacio simbólico de pertenencia, identidad y arraigo?

La mujer seguía caminando y se sentía como el astronauta que vagaba por la tierra en perpetua nostalgia al haber sido exiliado de la luna, dado que nunca llevarían a la luna a un astronauta que ya había estado ahí. Contaba Cristina Peri Rossi (2003) que lo peor fue que el astronauta fue condenado a ver la luna a la distancia sabiendo que nunca podría volver. La escritora uruguaya habla de su exilio en el poemario *Estado de exilio*, y en el “Viaje” dice: “Mi primer viaje / fue el exilio [...] Desde entonces / tengo el trauma del viajero / si me quedo en la ciudad me angustio / si me voy / tengo miedo de no poder volver” (p. 58-59).

Esa tarde la mujer caminaba en su ciudad natal y pensaba en el *Estado de exilio* de Cristina Peri Rossi (2003), integrado por los poemas que escribió en los años de las dictaduras latinoamericanas, “cuando las calles y los albergues de París, Londres, Barcelona, Madrid, Estocolmo y Ontario estaban repletos de argentinos, uruguayos y chilenos que

habían salvado el pellejo” (p. 8). La mujer comprendió que lo que le sucedía se parecía menos a un estado de exilio y más a un estado lunático; ella no había sido obligada a abandonar su lugar natal y, aunque había hecho todo por irse de su país, aparentemente nada le impedía regresar.

Sin embargo, es posible decir que la nostalgia no aparece ante la pérdida del hogar porque es posible añorar un lugar distinto al hogar para vivir de otro modo, y es posible suponer que en el exilio hay un sentimiento de opresión, si se define como la expulsión del país natal impuesta por una autoridad en calidad de medida punitiva. No obstante, a veces, para liberarse, es necesario autoexpulsarse y desplazarse. El autoexilio puede ser un desplazamiento geográfico impulsado por cierto deseo de liberación; la oportunidad de vivir en otra parte y en circunstancias más favorables. Esta contradicción entre desplazamiento por represión o por liberación en la palabra exilio puede verse en el poema “Gotan” de Cristina Peri Rossi (2003): “Quiero otra luz / otro mar, / otras voces, otras miradas / romper este pacto de nostalgia / que nos ata, como *una condena de una maldición* / y no volver a soñar con el barco que atraviesa una mar oscura” (p. 72).

Sobre la etimología de la palabra exilio, Peri Rossi (2003) dice que “ex significa, precisamente, quien ya no es, ha dejado de ser. Es decir, quien ha perdido toda o parte de su identidad.” (p. 7). Pensaba en esto la mujer, mientras caminaba en el espacio donde siempre se sintió como un pájaro acosado; pensó que hay espacios que te hacen sufrir por ser, por ser tú y no ser lo que se espera que seas. Si la nostalgia significa añorar lo que se ha perdido, ¿se puede añorar lo que no se ha tenido? La mujer pensaba que el hogar puede ser ese sagrado espacio de protección, tranquilidad y bienestar, pero también puede ser el espacio del cual rebelarse y escapar.

Ella caminaba en la ciudad donde nació, una ciudad que han caracterizado como la más grande, la más poblada, la más feroz, y pensaba que, si el astronauta tuvo que viajar a la luna para olvidarlo todo, ella había tenido que viajar hasta ese *lugar*; que ahora no podía olvidar, para sentir algo más parecido al olvido y más cercano a la libertad. Suele decirse que la libertad da miedo, aunque para Nina Simone, por ejemplo, la libertad es precisamente no tener miedo. Hay espacios donde siempre sientes miedo. Cuando la mujer estuvo en ese otro *lugar*, tan lejos del paisaje donde nació, sintió que la libertad no suponía olvidarlo todo, ni olvidar quién es o quién ha sido; ella en ese *lugar* sentía que la libertad era simplemente poder andar a la ligera y por su cuenta.

Psicosis del espacio

La mujer se encontraba otra vez en la geografía de nieve de Estados Unidos y la vida transcurría con normalidad. Hacía ya más de dos años que vivía fuera del país en que nació y no extrañaba la comida ni las palabras. Cuando se fue no tenía una ruta de escape definida, sólo se preguntó si algún día sabría volver. En el poema “XII”, Cristina Peri Rossi (2003) dice que “A tantos kilómetros de distancia / nadie puede permanecer fiel. / Ni el árbol que plantamos / ni el libro abandonado, / ni el perro, / que vive en otra casa. (p. 28). En todo caso, la mujer ya había aprendido a vivir en ese espacio que, por el momento, parecía el más adecuado si se trataba de tener un refugio. Porque hay espacios que, si no curan las heridas, al menos las protegen. La mujer no extrañaba nada ni a nadie, pero ya

se había acostumbrado al extrañamiento, a estar fuera de las entrañas de la tierra natal. Cristina Peri Rossi (2003) dice, en su poema “VII”, que:

Una vez emprendimos pájaro
el vuelo
por eso continente
nos son ajenos
todos los viajes
todas las tierras
tránsito (p. 23).

No obstante, la mujer había tratado de volver a vivir en la nieve, en el departamento con calefacción y envuelta en clases y seminarios de investigación. Ella pensó que el tiempo y la rutina podrían rebasar la añoranza de volver a ese *lugar* que había conocido. No obstante, no podía dormir, sentía un gran vacío, veía por la ventana y afuera gobernaba la tranquilidad, nada parecía moverse, y por dentro ella estaba inquieta, ansiosa, dislocada. “Psicosis del espacio”, ese era su nuevo diagnóstico, lo supo cuando volvió a pensar en la historia del astronauta que cuenta Peri Rossi (1984) en *La nave de los locos* porque, como ella, el astronauta volvió a la tierra, pero nunca regresó de la luna, porque hay viajes que nos sorprenden y nos atraviesan, hay viajes de los cuales no se regresa.

Un día, la mujer psicótica del espacio, estaba otra vez parada frente a la ventana y vio que la nieve lo envolvía todo, pensó que, entre paisaje y pasaje, solo hay una *i*, entonces podría encontrar la forma de estar en ese *lugar* otra vez. Así que la añoranza por ese *lugar* le hizo empezar un maratón de correos, llamadas, solicitudes, trámites y, al mismo tiempo, ella empezó a preguntarse por el alma de quien se exilia, de quien ha huido, de quien ha llegado a un lugar extraño, de quien se ha desplazado y está vagando por la tierra. ¿Por qué algunas personas se ven obligadas a irse de su lugar de origen, y otras personas que, aunque no tienen que abandonar ese espacio, viven solo imaginando estar en *otro lugar*?

En sus *Reflexiones sobre el exilio*, Edward Said (2013) señala que “el exilio es algo curiosamente cautivador sobre lo que pensar, pero terrible de experimentar” (p.141). Cristina Peri Rossi (2003), en su *Estado de exilio*, dice que el exilio “cuestiona, en primer lugar, la identidad, ya que desvincula de los orígenes, de la historia particular de una nación, de un pueblo, desvincula una geografía, tanto como de una familia, de una calle, de una arboleda o de una relación sentimental” (p. 7). Y Said (2013) define al exilio como “la grieta imposible de cicatrizar impuesta entre un ser humano y su lugar natal, entre el yo y su verdadero hogar: nunca se puede superar su esencial tristeza” (p. 141). Pero, ¿qué les pasa a los exiliados? Cristina Peri Rossi, en su poema “IX”, dice:

De país a país
el exilio
es un río
ciego.
Vagan por las calles

no aprendieron todavía el idioma
nuevo
escriben cartas
que no mandan
un año
les parece mucho tiempo (p. 25).

Entonces, es posible decir que quien se exilia deja una patria, se aleja de sus seres queridos, tiene que insertarse en una sociedad nueva y puede experimentar una soledad radical y sentirse siempre fuera de lugar. Es posible decir también que el exilio es un agobio, una pérdida, una renuncia; el constante esfuerzo por reconstruir la vida que fue escindida y vivir quebrado, en extrañamiento y provisionalmente.

Aunque Said (2013) en sus *Reflexiones* señala el desosiego de vivir fuera del lugar de origen, también reconoce que ver “al mundo entero como una tierra extraña” posibilita una perspectiva original, pues si “la mayoría de la gente tiene conciencia principalmente de una cultura, un escenario, un hogar; los exiliados son conscientes de al menos dos” (p.154). Según Said, el exilio puede generar una mirada “contrapuntística”, por la simultaneidad y el contraste de perspectivas. Si bien Said señala la dimensión dramática del exilio, también identifica su potencial intelectual-artístico. Así, el exilio genera una situación de ambigüedad que puede provocar una mirada distinta y distanciada, que no sería posible solo por la ajenidad o la pertenencia.

En este sentido, el exilio podría tener una dimensión epistemológica al ser una mirada, una sensibilidad, una forma de adquirir conocimiento a partir del desplazamiento geográfico y la observación a distancia, que permitiría comparar y cuestionar desde ciertos márgenes. El exilio puede constituir una forma de conocer, de pensar y de orientarse en el mundo con la yuxtaposición de hábitos, expresiones, actos y referencias del lugar de origen y el lugar nuevo. De ahí que Said (2013) diga que “la cultura occidental moderna es en gran medida obra de exiliados, emigrados, refugiados”, y que coincida con el crítico George Steiner (2002) cuando propone que la literatura occidental del siglo XX es “extraterritorial”, pues es “la literatura hecha por exiliados y sobre los exiliados” (Said, 2013, p. 141).

La mujer seguía en el departamento buscando la forma de volver a ese *lugar* y, mientras leía las *Reflexiones sobre el exilio* de Said (2013), puso atención en la forma en que el autor evoca *Minima moralia*, la autobiografía que Theodor Adorno (2001) escribió desde el exilio y donde propone que la escritura permite compensar la pérdida; de hecho, frente a la destrucción material por la guerra, Adorno dice que “el único hogar que está verdaderamente a nuestro alcance ahora, por frágil y vulnerable que sea, es la escritura” (p.152). Así, el exiliado podría encontrar en la escritura el remedio para la pérdida del hogar, para el desarraigo. En este sentido, en uno de sus poemas de *Habitación de hotel*, Cristina Peri Rossi (2007) dice “Mi casa es la escritura”,

En los últimos años
he vivido en más de cien hoteles diferentes
(Algonquin, Hamilton, Humboldt, Los Linajes)

Grand Palace, Víctor Alberto, Reina Sofía, City Park)
en ciudades alejadas entre sí
(Quebec y Berlín, Madrid y Montreal, Córdoba
y Valparaíso, París y Barcelona, Washington
y Montevideo)
siempre en tránsito
como los barcos y los trenes
metáforas de la vida en un fluir constante
ir y venir.

[...]

¿Cuál es mi casa?

¿dónde vivo?

Mi casa es la escritura

la habito como el hogar

de la hija descarriada

la pródiga

la que siempre vuelve para encontrar los rostros conocidos

el único fuego que no se extingue[...] (p. 2-3).

De acuerdo con Said (2013), si damos por hecho el hogar y el idioma, “las suposiciones que subyacen a ellos se convierten en dogma y ortodoxia” (p.153). Si en el extrañamiento que genera el exilio encontramos dolor, no obstante, en el desapego puede haber cierto placer cuando “las fronteras y las barreras, que nos encierran en el marco de la seguridad del territorio familiar, también pueden convertirse en prisiones” (Said, 2013, p.153). Puede haber cierto placer en “cruzar fronteras, romper barreras de pensamiento y de experiencia” (Said, 2013, p.153), en saber que el hogar es provisional y en el “hecho de actuar como si uno estuviera en casa dondequiera que resulte estar” (Said, 2013, p.154), porque, como señala Cristina Peri Rossi (2007) en su *Habitación de hotel*, quizá “lo natural es el asombro / lo natural es la sorpresa / lo natural es vivir como recién llegada / al mundo” (p. 74).

La mujer miró por la ventana, empezaba a nevar, dejó la *Habitación de hotel* de Peri Rossi (2007), y empezó a escribir; para ella, exiliada dentro de su propio país, la escritura no fue un hogar, y exiliada en otro país, la escritura tampoco era el remedio para la vida dañada; para ella, la escritura siempre sería una búsqueda. Una vez, en un aeropuerto, un amigo le dijo: “ojalá encuentres lo que estás buscando”. Ella respondió: “ojalá ya no tenga que buscar”.

Partir

Algunos meses después, ella, psicótica todavía, recibió un correo que decía que su proyecto había sido aprobado y financiado. Parece que había encontrado la forma de volver a su *lugar*, no sabía si había sido la terquedad o el contenido del proyecto, o ambas razones, lo que había jugado a su favor, pero no tenía tiempo para pensarlo, tenía que preparar el viaje.

Lo primero era pensar cómo llegar: salir del departamento a primera hora de la mañana y caminar quinientos metros hasta la estación del autobús; tomar el autobús catorce para llegar a la estación de tren; luego tomar el tren durante dos horas; caminar de la estación del tren a la estación del metro en dirección al aeropuerto; buscar la terminal tres para tomar el avión y volar toda la noche.

Era verdaderamente una travesía, casi como viajar a la luna. Cuando revisaba su itinerario y todos los medios de transporte que contemplaba, pensaba que solo le faltaba el barco y naufragar como Cristina Peri Rossi (2003):

Quince días de mar
sin parar
la mar constante
la mar antigua
la mar continua
la mar, el mal

[...]

Quince días de mar
e incertidumbre
no sabía dónde iba
no conocía el puerto de destino
sólo sabía aquello que dejaba (p. 58).

Viajar en esos medios de transporte no le causaba ansiedad ni mareos, de hecho, le gustaba ser *pasajera* y disfrutaba más el desplazamiento que el momento de partir o de llegar. La mujer tenía una especial fascinación por los puertos, las estaciones de tren, las terminales y las habitaciones de hotel. Cuando algunas personas miran fijamente los aviones, los barcos o los autobuses, quizá resulta fácil entender por qué quieren irse y estar lejos, pero, ¿cómo comprender que algunas personas se quedan en el mismo lugar, en especial, si se trata de aquellos lugares donde se vive con la omnipresencia de la carencia y la opresión?

Quizá la precariedad permite solo soñar con comprar pasajes para viajar a quién sabe qué ciudad y gastar ahí el dinero que no se tiene, estar en un lugar donde no se conoce a nadie y solo para escapar de lo que no nos gusta en el lugar de origen. Sin embargo, si no hay dinero más que para seguir sobreviviendo en el mismo lugar, el exilio puede ser un capricho o, incluso, un privilegio. Por otra parte, ¿hasta qué punto es posible escapar de la forma en que se vive en ciertos lugares?, ¿irse es la solución? A otras tantas personas no las persigue una dictadura, pero tampoco se les pregunta si son felices en el lugar donde están. A veces lo que se sueña es precisamente la huida, el escape, la fuga.

No se nace exiliada, se llega a serlo. Linda McDowell (1999) cuando habla del viaje, señala que, a pesar de que la movilidad de las mujeres se ha ignorado, porque “tanto el viaje como la idea misma de viajar suponen un reto para la asociación espacial entre la mujer y el hogar, tan importante para estructurar la construcción social de la feminidad en ‘Occidente’”(p. 303), las mujeres han tenido sus propias mudanzas —y en

ellas sus propias transgresiones—; como migrantes, refugiadas, exiliadas, exploradoras, nómadas o peregrinas; “la mujer, transgrede las normas y se sale de su ‘lugar’, cultural, social, geográfico, corporal [...]” (p. 302). De acuerdo con McDowell (1999), hay una transgresión cuando una mujer viaja, dado que puede significar el rechazo o la negación de la asociación de la feminidad con la inmovilidad y el cuidado a los demás en el hogar, pero es necesario considerar que, muchas veces, las “historias de resistencia a través de la huida ignoran que la lucha y el compromiso con el cambio también son posibles para los que permanecen en un lugar” (p. 306).

La mujer recordaba que cuando era niña, veía pasar los aviones encima de la casa de sus padres, los seguía hasta perderlos de vista y se preguntaba: ¿por qué estoy aquí y no en cualquier otra parte? Pensaba que fuera del pueblo en que nació, había muchas cosas que no había visto, que ni siquiera imaginaba. Cuando los aviones desaparecían dejando en el cielo una línea blanca, le invadía la angustia pensando en lo que significa tener un destino marcado. Se preguntaba: ¿acaso será de este lugar, quieto por las montañas, del cual no podría despegar como despegan los aviones?

Una vez le dijeron que se podía viajar con los libros, entonces dedicó toda su adolescencia a buscar los libros en ese espacio donde las bibliotecas no existen. Veía a su mamá, a su abuela, a sus tías y no podía identificarse con ellas, no quería ser como ellas, no quería ninguna de esas trayectorias. Necesitaba partir para encontrarse. Entonces, empezó a leer y fue la primera forma que encontró para escapar.

Sin embargo, más allá del viaje leído, ella seguía soñando con irse lejos, de hecho, un día soñó que se enamoraba de un chico de su pueblo y que él la sacaba de ahí, a un lugar peor todavía. Comprendió que viajar no puede ser algo solo mental; no era suficiente con leer, sus ojos querían paisajes distintos y sus piernas querían otros rumbos. Un día, harta de ver los aviones pasar, harta de las ideas de su padre, harta de comer tortillas, frijoles y sal, le dijo a su madre que se iría sin querer volver. Su madre la miró ambivalente entre la tristeza y el reclamo, y le dijo: si te vas, ¿qué vamos a hacer las que nos quedamos? Ella entendió que hay que querer romper con todo, hay que tener la fuerza de arrastrar la maleta por donde sea, hay que tener gusto por el riesgo, hay añorar vivir la vida de otro modo, pero también hay que tener el privilegio de autoexiliarse.

Faltaban dos días para ella viajara de nuevo a su *lugar*, para que lograra regresar a la luna, y faltaban dos días para organizar lo segundo: la indumentaria, las maletas y los documentos. Sobre la ropa había dos elementos que requerían especial atención: primero encontrar un suéter que funcione para la nieve al partir y para el sol al llegar; segundo, llevar unos tenis funcionales para el ajetreo de cada transporte y para la supervivencia, porque viajaría sola y nunca se sabe si un hombre se acerca para ayudar a cargar las maletas o si se acerca con otra intención y es necesario correr.

La mujer organizaba las maletas en su departamento, un departamento minimalista no por elección de estilo sino por las circunstancias. Un amigo que la visitó alguna vez, le dijo: esto siempre parece el departamento de una recién llegada, aquí hay tan pocas cosas como si hubieras llegado hace tres días y no hace dos años. Ella pensó que, con el tiempo, como escribe Peri Rossi (2003) en “Lo imprescindible”, se aprende que lo imprescindible:

no eran los libros
no eran los discos
no eran los gatos
no eran los paraísos en flor
derramándose en las aceras
ni siquiera la luna grande —blanca—
en las ventanas
no era el mar arribando
su rumia rompedora en el malecón
ni los amigos que ya no se ven
ni las calles de la infancia
ni aquel bar donde hacíamos el amor con la mirada
lo imprescindible era otra cosa (p. 60).

La mujer había aprendido a vivir con lo elemental e identificar lo imprescindible, primero por razones de economía y después por las mudanzas recurrentes, en las cuales no era bueno para la espalda arrastrar muchas maletas sola. Entonces no había mucho que empacar, además de la ropa. ¿Qué se lleva en la maleta? Cristina Peri Rossi (2003) salió de Uruguay en medio de la noche y de un “sálvese quien pueda”. ¿Qué llevaba la exiliada en su maleta el 4 de octubre de 1972? Dicen que Peri Rossi agarró una maleta y la llenó de hojas en blanco “una maleta llena de papeles / y de angustia / los papeles / para escribir” (Peri Rossi 2003, p.58). Por su parte, la mujer empezó a organizar los papeles, no los papeles para escribir, sino esos papeles que sirven para cruzar las fronteras. Primero los pasajes de avión, los boletos de tren, la tarjeta para el bus y una más para el metro. Luego, por si le preguntaban ¿de dónde eres y a qué viniste?, se aseguró de llevar el pasaporte, la visa y las cartas de invitación para su proyecto.

Desplazarse

Con una mochila a cuestas y una maleta al lado, caminó hacia la parada del bus, lo vio a lo lejos, corrió, tenía que alcanzarlo o perdería el primer tren. Por suerte, la mujer que conducía el autobús, la vio y cuando entró al bus, empezó a buscar la tarjeta entre los otros papeles que llevaba en la mochila, esos papeles que le permitirían salir de un país y entrar en otro.

Sentada dentro del bus, con la mirada frente a la ventana, pensaba que, de algún modo, Said (2013), en sus *Reflexiones*, romantizaba el exilio al decir que esta experiencia permite transformar el desarraigo en una forma de conocer, pero, ¿cómo ignorar la precariedad, la violencia y la marginación de quienes también tienen que abandonar su tierra natal y lo hacen sin papeles? Si tienes dinero, un avión te puede sacar del lugar donde no quieres estar, y con documentos probablemente no la pasas tan mal como los que van por tierra, ocultos, con la promesa de que llegarán a un lugar mejor. Como dice el poema de Peri Rossi (2003), “Los Exiliados II”:

Hablamos lenguas que no son las nuestras
andamos sin pasaporte
ni documentos de identidad
escribimos cartas desesperadas
que no enviamos
somos intrusos numerosos desgraciados
sobrevivientes
supervivientes
y a veces eso
nos hace sentir culpables (p. 36).

Cristina Peri Rossi (2003) decidió publicar los poemas de *Estado de exilio* porque, además de ese exilio latinoamericano, después vinieron “[o]tros emigrantes, otros errabundos, otros muertos, otros fracasos, otras desolaciones” (p. 11). En este sentido, si antes el exilio era reservado para unos pocos, ahora el fenómeno del exilio parecía una experiencia generalizada; porque, como señala la escritora uruguaya, “[u]no se exilia para salvar la vida del terror que es la represión y que es, también, el hambre, la falta de esperanza.” (Peri Rossi, 2003, p. 11) Así, es posible decir que el exilio puede extenderse más allá del contexto de una dictadura para expresar la experiencia de otras personas que también han tenido que desplazarse sin poder volver a su lugar de origen, y la nostalgia puede significar la añoranza por el hogar perdido, pero también el anhelo por una vida distinta, ojalá mejor.

En *Vidas desperdiciadas*, Zygmund Bauman (2005) señala que no son algo nuevo las migraciones masivas, pues la producción de seres humanos residuales es una compañera inseparable de la modernidad, “Desde sus mismos comienzos, la era moderna fue una época de gran migración. Masas de población no cuantificadas hasta la fecha, y quizás incalculables, se movieron por todo el planeta, abandonando sus países de origen, que no ofrecían ningún sustento, por tierras extrañas que prometían mejor fortuna” (p. 54).

En este sentido, Mabel Moraña (2021), en su libro *Liquid Borders. Migration as Resistance*, habla de la “era del refugiado” para caracterizar a las primeras décadas del siglo XXI, dado que miles de personas se desplazan hoy por el mundo buscando un lugar para vivir con dignidad, paz y libertad. A veces, desplazarse significa “sobrar” en el mundo, devenir superfluo, inútil, innecesario e indeseado. En el poema “Barcelona 1976” Cristina Peri Rossi (2003) expresa al exiliado, pero también a quien resulta residual, descartable o daño colateral de la historia.

El exilio es gastarnos nuestras últimas
cuatro pesetas en un billete de metro para ir
a una entrevista por un empleo que después
no nos darán (p. 44).

Como señala Bauman (2005),

Las causas de la exclusión pueden ser distintas, pero, para quienes la padecen, los resultados vienen a ser los mismos. Enfrentados a la amedrentadora tarea de procurarse los medios de subsistencia biológica, al tiempo que despojados de la confianza en sí mismos y de la autoestima necesaria para mantener su supervivencia social, no tienen motivo alguno para contemplar y saborear las sutiles distinciones entre sufrimiento intencionado y miseria por defecto (p. 58).

Como medio de transporte, parece que los caballos están en desuso, pero los trenes no. La mujer se bajó del bus justo a tiempo para tomar el tren. Durante las dos horas en ese viejo, pero funcional artefacto, pensaba que el exilio está dentro de un abanico de formas de desterritorialización, donde el desplazamiento acerca a los exiliados con los refugiados, los expatriados, los emigrados. Sin embargo, ella pensó en María Zambrano, no por su propuesta filosófica sobre la razón poética, sino por su exilio. La filósofa española desarrolló la mayor parte de su obra en el exilio en México, Cuba, Puerto Rico, Francia, Italia y Suiza. El exilio la movió a diversos lugares geográficos, pero también analíticos, y en su obra *Los bienaventurados*, propone una tipología para distinguir entre el desplazamiento de un refugiado, un desterrado y un exiliado.

Así, para Zambrano (2004), el exilio significa sentirse abandonado, lo cual no le sucede al desterrado ni al refugiado, “El refugiado se ve acogido más o menos amorosamente en un lugar donde se le hace hueco, que se le ofrece y aún concede y, en el más hiriente de los casos, donde se le tolera... El encontrarse en el destierro no hace sentir el exilio, sino ante todo la expulsión” (p. 31-32).

Cuando Carlos Pereda (2008) analiza el exilio español de la primera mitad del siglo XX y en la segunda mitad, el exilio del Cono Sur de América Latina, también discute los usos de tres pares de palabras: exiliada/exiliado, refugiada/refugiado y emigrada/emigrado. De acuerdo con Pereda, es necesario tener cuidado con el uso de estas palabras porque comparten la característica de tratarse de un desplazamiento forzado; y “el adjetivo ‘forzado’ se aplica en cada situación por causas diferentes.” (p. 26)

Asimismo, Pereda (2008) señala que el exilio puede ser padecido como pérdida, convertido en resistencia o celebrado como umbral (p. 10), en este sentido, en el texto “Amo mi exilio”, Zambrano (2009), sin romantizar el exilio, reconoce su importancia en términos existenciales, pues sostiene que el exilio es una dimensión esencial de la vida humana, una forma de descubrirse a sí mismo.

Dice Zambrano (2009) que:

[...] al salirse de ese mar, de ese río, solo entre cielo y tierra, hay que recogerse a sí mismo y cargar con el propio peso; hay que juntar toda la vida pasada que se vuelve presente y sostenerla en vilo para que no se arrastre. No hay que arrastrar el pasado, ni el ahora [...] Pero hay que tener el corazón en lo alto, hay que izarlo para que no se hunda, para que no se nos vaya. Y para no ir uno, uno mismo, haciéndose pedazos (p. 65).

Pensando en esto, el tren llegó a la estación y la mujer debía transbordar. Con la maleta a un lado y la mochila encima, caminó tratando de recordar dónde estaba la estación del metro que va directo al aeropuerto. Ella recordaba que cuando migró del campo a la ciudad y subió al metro por primera vez, pensó que algún día quizá podría quedar atorada entre las puertas. Si para Cristina Peri Rossi (2003), “partir / siempre es partirse en dos” (p. 59), para ella, viajar en metro era la posibilidad de que ese artefacto la partiera en dos, y ser media mujer afuera y media mujer adentro, y tener que forcejear de un lado o del otro para ser una mujer completa.

En el metro, generalmente la gente va aburrida, fastidiada, indiferente, pero esa mujer iba feliz porque una hora en metro significaba acercarse un poco más a la luna. En el mismo vagón, la mujer vio a una pareja tomada de la mano, pero cada uno miraba hacia lados distintos, y ella cuidando la estorbosa maleta y abrazando mi mochila, recordaba que, según Peri Rossi (2003), “el exiliado sólo se integra plenamente cuando se enamora de alguien que ha nacido allí donde llegó para salvarse” (p.10). Si, como dice Peri Rossi, “Las ciudades sólo se conocen por amor” (2003, p. 76), quizá es porque si te enamoras de alguien del lugar de llegada, te llevará por los senderos que no aparecen en los mapas, te hablará en un idioma nuevo que empezarás a balbucear hasta que nunca puedas olvidarlo y, si tienes suerte, te dirá los nombres de las flores y los defectos de las calles.

Creo que por amarte
voy a amar tu geografía

[...]

Creo que por amarte
voy a aprender la lengua nueva

[...]

Creo que por amarte
voy a balbucear los nombres
de tus antepasados

[...]

Creo que por amarte
intercambiaremos sílabas y palabras
como los fetiches de una religión
como las claves de un código secreto
y, feliz, por primera vez en la ciudad extraña
en la ciudad otra,
me dejaré guiar por sus pasajes
por sus entrañas
por sus arcos y volutas
como la viajera por la selva
en el medio del camino de nuestra vida (Peri Rossi, 2003, p. 76).

Según Cristina Peri Rossi (2003), “de todas las catástrofes, incluida la del exilio, nos salva la libido” (p. 9) pero, ¿es nostalgia también lo que se siente cuando se anhela volver

a estar con alguien que vive en otro lugar? Ella recordaba el momento en que conoció a alguien en ese *lugar* que visitaba por primera vez, alguien a quién le preguntó “¿eres de aquí?”, y le respondió que sí.

En su estado lunático posterior, la mujer buscó la manera de remediar esa añoranza también. Si como dice Boym (2015) “hubo un tiempo en que la nostalgia se curaba con opio, con sanguijuelas y regresando al hogar” (p. 450), ahora la tecnología ofrecía otros remedios. WhatsApp o e-mail generan “la posibilidad de la intimidad instantánea; cuando mayor es la distancia entre los correspondientes, mayor es la intensidad con la que comparten sus secretos más íntimos a altas horas de la madrugada” (p.453). Pero, como señala Boym, la pantalla del ordenador solo admite dos posibilidades, el recuerdo total o la amnesia absoluta. Dado que, con el ciberespacio, el espacio exterior ya no es la última frontera, los romances online son cada vez más comunes, pero ¿qué tanto pueden durar? Por otro lado, si todo es cuestión de accesibilidad, y entonces enviar o recibir un mensaje instantáneo, ¿es posible experimentar realmente el anhelo?; si “cuando dos extraños se encuentran en la red, buscan con los dedos la tecla erótica de su querido ordenador, no la mano de la otra persona” (Boym, 2015, p. 453), ¿qué ocurre cuando desaparece el ordenador y la presencia virtual se vuelve física?

La mujer salió del metro y buscó la terminal tres en el aeropuerto. El avión no le causaba espantos ni mareos, de hecho, uno de sus momentos favoritos de cada viaje era despegar. El avión despegaba y ella se preguntaba cuál era realmente su nostalgia. Para Boym (2015), la nostalgia puede ser restaurativa o reflexiva. La restaurativa “hace hincapié en el *nostos* e intenta acometer una reconstrucción transhistórica del hogar perdido” (Boym, 2015, p.19); y la reflexiva “se desarrolla gracias al *algia*, a la propia añoranza, y retrasa el regreso al hogar —melancólica, irónica y desesperadamente— (Boym, 2015, p.19).

Escuchaba los motores del avión dejando a la tierra atrás y la mujer sentía que no podía pensar en el futuro sin mirar hacia atrás, sin sentir también lo que iba dejando, lo que pierde en cada desplazamiento. Aunque se inquietaba por lo que veía desaparecer, no era defensora de restaurar el pasado, solo quería conservar del pasado lo que fuera digno recuperar. Quería seguir desplazándose hacia adelante sin dejar de ver hacia atrás, quería desplazarse con un espejo retrovisor.

Sin embargo, pareciera que es la pérdida lo que une al exilio y a la nostalgia. En “El Arte de la Pérdida”, Peri Rossi (2003) dice,

El exilio y sus innumerables pérdidas
me hicieron muy liviana de objetos
poco posesiva

[...]

El exilio y sus innumerables pérdidas
me hicieron dadivosa
regalo lo que no tengo —dinero, poemas, orgasmos—
quedé flotando —barco perdido en ultramar—
me dejó las raíces al aire
como un clavel sin tronco donde enlazarse (p. 56).

No obstante, para la mujer la nostalgia no significaba una pérdida sino una búsqueda. Si ella se sentía en “estado de exilio” no era por haber perdido un hogar, sino por buscarlo.

Llegar

Después de volar toda la noche, casi ocho horas, anunciaron el aterrizaje. El avión aterrizó, ella miró por la ventana y sintió que cesaban sus intentos de escapar. Salió del avión y mientras se aproximaba a los puestos de salida, miraba a su alrededor y todo le resultaba familiar; aunque no sabía leer los letreros en el idioma local, sentía que había vuelto a casa.

Quizá hay algo que siempre se desplaza en nosotros y algo que permanece, y el hogar puede ser el desplazamiento en sí mismo. Nicolas Bourriaud (2009) ha propuesto que hay un arte radicante en los artistas contemporáneos dado “que se puede residir tanto dentro de un circuito como en medio de un espacio estable; que la identidad se construye tanto en movimiento como por impregnación; que la geografía es también y siempre una psicogeografía” (p. 63).

Según Bourriaud (2009), radicante significa un organismo que hace crecer sus raíces a medida que avanza, contrario a los “radicales” cuya evolución está determinada por su arraigo al suelo. Ser radicante implica poner en marcha las raíces en contextos heterogéneos, sin definir por completo nuestra identidad y permitir el intercambio y el trasplante en lugar de la imposición. Así, Bourriaud señala que la cultura del siglo XXI se está inventando con esas obras artísticas que borran su origen y favorecen la multiplicidad de arraigos.

Por tanto, el errante (inmigrado, exiliado, turista) es la figura de nuestra era “precaria” y está en el centro de la creación contemporánea. Para Bourriaud (2009), los artistas de hoy expresan a este individuo en perpetuo desarraigo porque su trayectoria es un laboratorio de identidades, “expresan menos la tradición de la que provienen que el recorrido que hacen entre aquella y los diversos contextos que atraviesan” (Bourriaud, 2009, p. 57). Así, la raíz no es origen ni destino, sino devenir. El radicante se separa de sus raíces, se aclimata y experimenta no un origen único sino arraigamientos sucesivos, simultáneos o cruzados. Según Bourriaud, el estilo de pensamiento radicante no es una apología del perpetuo desarraigo sino una crítica al encierro que suponen “esquemas culturales ready-made —cuando las costumbres se vuelven formas— y el arraigo, en cuanto este se constituye en retórica identitaria” (2009, p. 63).

En este sentido, es posible establecer un diálogo analítico entre Bourriaud (2009) y Rosi Braidoti (2000) que, en su libro *Sujetos nómades*, señala que, si bien su teoría de nomadismo está inspirada en la experiencia de personas o culturas nómades, “el nomadismo en cuestión se refiere al tipo de conciencia crítica que se resiste a establecerse en los modos socialmente codificados de pensamiento y conducta” (p. 31). Para Braidoti, el nomadismo va más allá de un desplazamiento geográfico, es una condición existencial y un estilo de pensamiento que implica la concepción del mundo como algo más fluido y con posibilidades de transgredir las antiguas estructuras y divisiones.

De esta forma, la existencia nómada permite pensar a la identidad como algo fluido, transitorio, inacabado, y basada en “fragmentos de recuerdos de un lugar, en deseos y experiencias” (Braidoti, 2000, p. 322). Si bien es posible pensar una subjetividad atravesada por un desplazamiento como el exilio, a partir del desgarro o el trauma de la pérdida, con Braidoti (2000) y Bourriaud (2009) podemos pensar una subjetividad en movimiento, pero que celebra esa desterritorialización y el proceso de identificación a partir del desplazamiento y el deseo. Esto permite dar paso a una reinterpretación del exilio menos desde la pérdida, el abandono, la renuncia o el fracaso, y más desde la liberación y la reconstrucción que posibilitaría el desplazamiento.

Cuando la mujer se fue, nadie la despidió, ya estaba acostumbrada a andar por su cuenta, pero alguien la esperaba cuando llegó. Peri Rossi dice que es posible encontrar el hogar en los brazos del amante, pero, ¿hasta qué punto el amor restaura? Natalie Diaz (2020) en uno de sus poemas sobre Manhattan dice que en esa ciudad tiene muchos amantes porque todos son amores de reparación (p. 14). Quizá si el amor repara es porque genera una energía de cuidado, y si esto es así, probablemente el amor permita cuidar lo que hemos hecho de lo que hicieron de nosotros. Sin embargo, como herencia del romanticismo del siglo XIX, se ha considerado que el amor, lejos de reparar, puede descomponer, hacer sufrir, convertirnos en mártires, pero si además del amor de pareja, expandimos el amor hacia una comunidad de afectos, ¿es posible decir que el amor contribuye a la liberación?

El astronauta se enamoró de la luna y no pudo volver, pero dicen que el astronauta a donde fuera, la luna siempre lo acompañó, era su brújula en la tierra. La mujer se enamoró de un *lugar* al que sí pudo volver, pero quería encontrar su propia forma de quedarse. En todo caso, si tuviera que seguir vagando por la tierra, ella ya había encontrado su brújula, y como la luna, siempre le indicaría qué dirección tomar para no volver a ser exiliada de sí misma.

Bibliografía

- Bauman, Z. (2005). *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Paidós.
- Bourriaud, N. (2009). *Radicante*. Adriana Hidalgo Editora.
- Boym, S. (2015). *El futuro de la nostalgia*. Machado Libros.
- Braidoti, R. (2000). *Sujetos nómades*. Paidós.
- Diaz, N. (2020). *Postcolonial Love Poem*. Graywolf Press.
- McDowell, L. (1999). *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*. Ediciones Cátedra.
- Moraña, M. (2021). *Liquid Borders. Migration as Resistance*. Routledge.

- Pereda, C. (2008). *Los aprendizajes del exilio*. Siglo XXI.
- Peri Rossi, C. (1984). *La nave de los locos*. Seix Barral.
- . (2003). *Estado de exilio*. Visor Libros.
- . (2007). *Habitación de hotel*. Plaza & Janés.
- Said, E. (2013). *Reflexiones sobre el exilio*. Penguin Random House.
- Steiner, G. (2002). *Extraterritorial: Ensayos sobre literatura y la revolución lingüística*. E. Russo (trad.). Ediciones Siruela.
- Zambrano, M. (2004). *Los bienaventurados*. Ediciones Siruela.
- . (2009) *Las palabras del regreso*. Cátedra